

## Casas vacías de Brenda Navarro

Sara Andrade

Existen diferentes tipos de lecturas incómodas. Pienso en los libros que no se pueden sostener de lo grandes que son. Invitan a leerse como si uno se tratara de un solemne monje copista, desplegado el libro sobre un atrio, los codos fuera de la mesa. Otras lecturas se hacen en el ajeteo del transporte urbano, en la ínfima pantalla de un celular, imposible para miopes y propensos a los mareos. Pero quiero hablar yo del tipo de lecturas que te hacen fruncir el ceño, tragar saliva y rascarte la nunca mientras piensas «Ay, no». Todos tenemos un libro en mente. Recuerdo estar leyendo *Kafka en la orilla* de Murakami y tener que aguantar las ganas de vomitar en una escena que tenía que ver con gatos, tripas y un Johnny Walker malvado. Algunos pasajes de *Cumbres borrascosas* me pusieron los pelos de punta. Ni qué decir de la poesía experimental de algunos compañeros de generación. Lecturas que nos confrontan con nuestra sensible corporalidad, o lo diametralmente distinto a los que buscamos escapismo.

Pero quiero hablar de un libro que me hizo exasperarme, exhalar indignada y tener que cerrar el libro varias veces, para sentarme en mi cama, con los brazos cruzados — como para protegerme —, y acostumbrar al trago amargo que me presentaba. Estoy hablando de *Casas vacías* de Brenda Navarro. La premisa de la novela es, hasta cierto punto, aceptable. Un niño se pierde y su madre tiene que lidiar con el duelo de su desaparición. El giro se da en la otra perspectiva que aparece: el niño no se ha perdido, se lo ha llevado

otra mujer. Las cosas comienzan a complicarse, para mí, realmente. Mientras leo la novela, entre los puntos de vista de las dos mujeres y la idea de la terrible situación, no puedo dejar de pensar que detesto estar leyendo lo que leo. No porque me parezca malo. En realidad es todo lo contrario. Brenda Navarro escribe con una honestidad desgarradora, que te atrapa en la lectura desde la primera página. Me conmocionan sus líneas. Encuentro belleza en sus construcciones. Sin embargo, no puedo más.

Los personajes me parecen horribles, por una parte. La madre, herida, rencorosa, hundida en la peor depresión, se ha dejado arrastrar por la culpa de un accidente y hace todo lo posible por llevarse con ella al resto de su familia. La otra mujer, resentida, irritable e impulsiva, lleva a las últimas consecuencias su decisión de tomar a un niño que no quiere y no sabe cuidar, poniendo en riesgo ambas vidas. Dos mujeres en el límite del espectro de la tragedia, sin matices realmente, destrozadas en su totalidad y pagando las peores consecuencias del suceso. Por otra parte, está el contexto de la historia: México en la actualidad, la desigualdad económica, la lucha de clases, la ineficacia de la policía. La madre, rica y casada con un español que no puede ofrecerle alivio; la otra mujer, empobrecida y sin seguridad social de ningún tipo. La todavía patente creencia de que una mujer triste es una mujer histérica, enloquecida y a lo que no se le debe creer. El niño con autismo y no verbal, incapaz de tomar una decisión



Brenda Navarro, *Casas vacías*, Sexto Piso, Ciudad de México, 2019

sobre su situación. Por donde leo, no hay escapatoria. Brenda Navarro construye *Casas vacías* de tal manera que no encuentres consuelo.

La incomodidad es un rasgo interesantísimo en la literatura. La mitad de su magia radica ahí, en el fenómeno de la sorpresa, de la inverosimilitud, de despertar un sentimiento a través de las palabras. Muchas veces se cree que al leer tenemos que sentirnos exclusivamente bien, pero muchas de las lecturas que más marca dejan son las que nos hicieron llorar, enfurecer o alejarnos con asco. Para mí *Casas vacías* es uno de estos libros. Luego de haberlo terminado, estuve rumiando las posibilidades. ¿Y si la mujer hubiera devuelto al niño? ¿O si lo hubiera dejado en un DIF? ¿Y si la madre se hubiera perdonado? ¿O si hubiera construido una relación más fuerte con su otra hija? Me parecía vital encontrar una razón que remediara la desazón.

En *Casas vacías* la narración impide que el lector encuentre un momento de paz. Descripciones de la cocina de la madre, llevada a la putrefacción, porque ha perdido las ganas para lavar y cocinar. El rencor que siente por su otra hija y su marido, mal desplazado por la culpa que experimenta. La violencia que ejerce sobre ellos. Descripciones muy detalladas de la

vida de la otra mujer, que golpea al niño por no saberlo tratar, de la naturaleza sexual de su relación de pareja, al no saberla sobrellevar. De la violencia que ejerce esa vida sobre ella. Descripciones de cuerpos dolientes y de ideas retorcidas. Es un retrato hiperrealista de la vida de miles de mujeres en México, que no oculta ni un mal sentimiento por estética, sino que echa luz sobre las perversiones de la psique humana para resaltar la veracidad con la que escribe. Mujeres que no están filtradas, mujeres que sienten con toda la tripa, que sufren violencia y violentan a cambio.

Esta novela me hizo recordar a otras más. *Temporada de huracanes* de Fernanda Melchor, que me provocó sofocos y visión borrosa; *Las cosas que perdimos en el fuego* de Mariana Enríquez, que me impidió tener sueños reparadores durante días. Novelas de mujeres que no solo ponen el dedo en la llaga, sino que lo hunden, examinan la herida, la fotografían y ponen la carne y la sangre y el dolor de manifiesto. *Casas vacías* es, en definitiva, un libro que remueve el estómago y el corazón, y que si ha llegado al nivel de admiración que tiene actualmente es porque es capaz de hacernos pensar y sentir.